

AGENDA CIUDADANA

JLP O EL ANTI MILAGRO MEXICANO

Lorenzo Meyer

Un Tipo de Justicia.- Al día siguiente de conocerse la noticia de la muerte del ex presidente José López Portillo (JLP), un corresponsal extranjero preguntó, entre asombrado y escandalizado, como se podía explicar que quien fuera poderoso jefe del Poder Ejecutivo no sólo no recibiera un funeral de Estado, sino que incluso miembros del público llamaran indignados a una televisora para reclamar al conductor el desperdicio de tiempo por comentar la muerte del personaje que había dominado la escena política mexicana entre 1976 y 1982. Quien esto preguntaba suponía que en otros países una situación similar sería poco probable, pues lo normal es que la desaparición de un jefe de Estado y de gobierno de pie a un funeral solemne y a una serie de comentarios elogiosos para el fallecido de parte del presidente en funciones y de los principales líderes políticos, a programas especiales en los medios de comunicación electrónicos y a páginas enteras en los diarios dando cuenta de los momentos trascendentes de la gestión del difunto. ¿Por qué el encono contra el ex presidente? La explicación es que esa actitud fue la única forma en que una comunidad finalmente pudo hacer justicia simbólica ante la imposibilidad de la justicia real y sustantiva.

Los hechos y los personajes del pasado siempre serán juzgados desde las peculiaridades del presente. Y hoy por hoy el hecho más importante en la vida cotidiana de los 104 millones de mexicanos es la mediocridad persistente del comportamiento de la economía. En realidad, desde el último año del gobierno de JLP el crecimiento promedio real del Producto Interno Bruto (PIB) de nuestro país ha sido menor al 1%, es decir, desde entonces estamos estancados. Toda una generación ha vivido sin saber de las oportunidades de una economía en expansión, de esa donde los jóvenes tienen

posibilidades de optar por empleos y formas de vida a la altura de sus expectativas. Alguien ha señalado que hoy el trabajo de una buena parte de los mexicanos es el buscar trabajo, y no le falta razón. JLP y todo lo que él representa hoy, está inevitablemente ligado a este enorme fracaso de 22 años de la economía y de la política mexicana. Al ex presidente fallecido y a todos los ex presidentes que aún sobreviven, se les juzga desde la frustración y la rabia que produce el naufragio del proyecto nacional de desarrollo. Un juicio menos amargo de JLP y de los otros líderes priistas tendrá que esperar a que surja un México menos amargado con su presente. Difícilmente se puede ser generoso desde el fracaso.

El Antimilagro Mexicano.- Salvo en la actualidad, en ningún otro momento de nuestra historia independiente, México ha vivido más de dos decenios que combinen paz interior y exterior con un estancamiento material tan rotundo como el experimentado de 1982 a la fecha. Ningún juicio sobre JLP puede esquivar tamaña tragedia colectiva.

Veamos con detalle las cifras disponibles --que son las del siglo XX— para tener una perspectiva de lo que ha sucedido a partir de 1982. Según datos del INEGI (Estadísticas históricas de México, T. I, México: INEGI, 1985, pp. 311-312), en la parte inicial del siglo pasado --final del Porfiriato--, el PIB per cápita cayó, aunque no mucho, en 1902, 1906 y 1908. El estallido revolucionario de 1910 impidió que por diez años los datos de la realidad económica se recabaran con fidelidad, pero según los viejos cálculos de Enrique Pérez López, y no obstante la lucha y el desorden, el PIB creció en ese decenio, en promedio, al 0.7% anual (México: cincuenta años de revolución, Ed. Abreviada, México: FCE, 1963, p. 131). Conviene notar que el magro crecimiento económico del México de hoy es muy similar al del México de hace más de ochenta años, con la diferencia que entonces reinaba la guerra civil y hoy no. Es más, en un artículo reciente, Sandra Kuntz reconstruye cuidadosamente las exportaciones de la época

revolucionaria y resulta que los únicos años de baja real de ese indicador fueron dos: 1914 y 1915. Es posible que en términos relativos el desastre económico sea mayor hoy que en esos “tiempos negros” de revolución (“The Export Boom of the Mexican Revolution: Characteristics and Contributing Factors” en Journal of Latin American Studies, 36, 2004). Los años que siguieron, los 1920 y 1930, no fueron buenos, pues además de los problemas de la reconstrucción y de la guerra cristera (1926-1929) hubo una baja muy pronunciada en la demanda de las exportaciones que México podía hacer, y luego se vino encima la Gran Depresión Mundial. El PIB per capita cayó sistemáticamente entre de 1927 a 1932, y aunque luego, durante el gran cambio político y social del cardenismo, el crecimiento volvió, resultó ser modesto, al punto que sólo hasta 1942 se superaron las cifras de 1926.

A partir de la II Guerra Mundial todo cambió. El despegue de la economía mexicana fue impresionante, y hasta 1982 la historia económica del país fue una de crecimiento sostenido al 3% anual per capita en promedio (únicamente 1949 y 1953 registraron pequeñas bajas). Es justamente a ese aumento sistemático de las cifras económicas a lo que en los 1960 se denominó el “milagro mexicano”, un milagro que empezó a perder su brillo justo cuando se le reconoció. En efecto, a partir de 1970 se presentaron ya problemas estructurales serios con el modelo de crecimiento basado en la sustitución de importaciones, pero justamente cuando JLP pudo intentar las reformas de fondo, se anunciaron importantes descubrimientos de hidrocarburos en un mundo sediento de petróleo –en 1980 las reservas probadas de PEMEX sobrepasaron los 60 mil millones de barriles y las probables 200 mil millones-- y las reformas se olvidaron, el optimismo oficial se disparó lo mismo que el dispendio y la corrupción.

Para nuestra desgracia, en junio de 1981 se presentó lo que se debió prever pero no se previó: el descenso de los altos precios del petróleo y en un abrir y cerrar de ojos

toda una forma de vida --economía, política e imagen del futuro de México-- se vino abajo. El 17 de febrero de 1982 el Banco de México anunció que se retiraba temporalmente del mercado de cambios y el peso dio un salto de \$26.91 a \$38.10 por dólar y la devaluación no pararía en mucho tiempo. México tuvo que posponer el pago de sus compromisos externos por tres meses y gestionar la ayuda de emergencia de los organismos internacionales y de Estados Unidos. La deuda externa pública que en 1970 era de tan sólo 4 mil millones de dólares, para 1976 había ascendido a casi 20 mil millones y a 60 mil millones de dólares en 1982. En el siguiente sexenio rebasaría los 100 mil millones de dólares. Toda una etapa de la historia política y económica de México se cerró para dar paso al antimilagro mexicano. Es la inauguración por JLP de la época de desaliento para muchos y de oportunidades para muy pocos, es en esa época donde seguimos varados, es desde ahí que juzgamos no sólo al ex presidente, sino a todos los que contribuyeron al fracaso y al régimen que los cobijó.

JLP, Gozne entre dos Ciclos.- JLP afirmó que él había sido el último presidente de la Revolución. Falso, él nada tuvo que ver ni para bien ni para mal con ese movimiento y, en sentido estricto, su linaje tira más al lado contrarrevolucionario, pues su abuelo, José López Portillo y Rojas fue subsecretario de Instrucción Pública y por algunos meses secretario de Relaciones Exteriores de Victoriano Huerta. Como sea, JLP es quien cierra el ciclo de gobiernos posrevolucionarios y abre el del neoliberalismo.

La posrevolución se inicia cuando el cardenismo, en tanto esfuerzo por transformar la estructura social de México, queda exhausto y es sustituido por otro proyecto nacional menos generoso y más acorde con la tradición y los intereses creados. La alianza con Estados Unidos durante la II Guerra Mundial y la “unidad nacional” en la lucha contra el fascismo, sirvieron de justificación perfecta para dismantelar la propuesta de continuar adelante con la reforma social y poner en su lugar la defensa de

un gran valor universal: la democracia política. Ahora bien, se trató de una defensa puramente discursiva, pues lo que en realidad se afianzó entonces en México fue un régimen autoritario sostenido por un partido de Estado. A las organizaciones de masas del cardenismo –CNC, CTM y otros sindicatos— se les vació de sus contenidos radicales y se les transformó en corporaciones al servicio de un proyecto de industrialización basado en un mercado interno protegido en nombre del nacionalismo, y donde el gran ganador sería una burguesía mexicana (en la que había conspicuos extranjeros) muy ligada y dependiente del presidente en turno de su círculo interno.

Un gran control sobre los procesos políticos internos así como un anticomunismo de “bajo perfil” pero muy efectivo, fue lo que le permitió a la élite política mexicana de la época negociar con el gobierno norteamericano un cierto grado de autonomía y de nacionalismo. En efecto, a pesar de favorecer la democracia, La Casa Blanca nunca denunció la falta de la misma en México, ni siquiera durante las masacres de 1968 o 1971. No obstante procurar el desarrollo por la vía de la empresa privada, Washington no objetó en lo fundamental que los gobiernos mexicanos dieran forma a un gran aparato estatal, que no firmaran un tratado de ayuda militar con el Pentágono o que su legislación sobre el capital extranjero insistiera en mantener en manos nacionales la banca, el transporte o la agricultura y en poder del Estado el petróleo, la energía eléctrica o los ferrocarriles. Salvo por alguna que otra declaración de algún legislador norteamericano particularmente reaccionario, Washington no se alarmó demasiado porque el gobierno mexicano mantuviera relaciones con la URSS, no rompiera relaciones con la Cuba revolucionaria o que JLP se entrevistara en Cancún con Fidel Castro y rompiera con el gobierno de Somoza en la última etapa de ese régimen de dictadura familiar, entre otras cosas.

El crecimiento económico y el dominio presidencial sobre todas las organizaciones, instituciones e intereses importantes, abrió amplios campos a las decisiones discrecionales y a la corrupción. Sólo el presidente podía llamar a cuentas y nadie podía pedir cuentas al presidente. Fue en ese ambiente donde JLP, usando su amistad juvenil con el presidente Luis Echeverría, penetró hasta el centro del círculo interno de la clase política y fue de ese ambiente donde él tomó el estilo de gobernar. Un estilo autoritario, irresponsable, cortesano, de discurso ampuloso pero acciones venales. Como secretario de Hacienda de Echeverría, JLP no hizo nada por impedir los excesos de quien se ufanó de que “la economía se maneja desde Los Pinos” y fue corresponsable de la primera crisis seria del modelo económico, la de 1976. Pero justamente su tolerancia de la irresponsabilidad de Echeverría fue lo que le valió a JLP recibir entonces la banda presidencial de manos de su amigo.

¿Pudo JLP haber evitado la petrolización de la economía, el endeudamiento galopante, el robo, el dispendio y el final desastroso? ¿Fue ese desastre responsabilidad de JLP o él simplemente presidió sobre un sistema con vida propia, montado de mucho tiempo atrás en un esquema de corrupción institucionalizada e imposible de modificar incluso por la voluntad presidencial? La respuesta no puede ser lo uno o lo otro sino ambos. La responsabilidad personal de JLP no disminuye un ápice por el hecho de reconocer que las inercias y los compromisos adquiridos de tiempo atrás por y entre los grupos de poder, hacían muy difícil la reforma desde dentro. Baste recordar como el gran capital obligó a Echeverría a dar marcha atrás en la desde entonces necesaria reforma fiscal, y que justamente a raíz de esa crisis fue que JLP recibió la encomienda de hacerse cargo de la Secretaría de Hacienda a condición de que no intentara afectar a ninguno de los intereses que impedían la modernización y transformación del sistema impositivo. Sin embargo, JLP nunca intentó ponerse al frente de una lucha contra los

intereses creados; cuando nacionalizó la banca en 1982, simplemente trató de encontrar el chivo expiatorio al que cargar la culpa de un presidente derrotado.

Lo dicho, tendrá que cambiar México y pasar mucho tiempo antes de que la memoria colectiva tenga un mejor juicio de JLP, si es que eso es posible.